

Eimear McBride

Los bohemios menores





Seix Barral Biblioteca Formentor

Eimear McBride

Los bohemios menores

Traducción del inglés por
Rubén Martín Giráldez

Título original: *The Lesser Bohemians*

© Eimear McBride, 2016. Todos los derechos reservados
© por la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-322-3785-0
Depósito legal: B. 2.869-2021
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Me muevo. Se mueven los coches. Recua, tuercen la luz. Se va abriendo atrás la ciudad. Aquí toca estar, porque me espolea su vida y es comienzo de la mía.

Recuerda. Alza la vista. Como si la cara de Dios me iluminase a través de aquellas rejillas en lo alto, a través de los vitrales de este auditorio, iglesia en tiempos, y unos viejos me miran ahí abajo. Pase. Suba, por favor, directa al escenario. Me engancha la falda en desconchones de pintura descascarillada año tras año por puntas y talones, por el toqueteo y ñeuteo de dedos, hasta revelar la capa negra primera. Cosa que también haría yo, de estar aquí. Cuando esté aquí. ¿Estaré aquí? Concéntrate, dicen Y adelante con tu primer fragmento. Yo. Aspiro aire antiguo y. Voy.

No sé, pero es cosa de un interruptor en el cerebro, este trampear a la chica que soy. Declamo las palabras tirabuzonas en el aire pandeorado o me saca a tirones breñas de ella por la boca hasta que acude desde la Grecia de su época, de Arden o de quienquiera que escribiese esta sarta de palabras por mi memoria aprendidas. Sin experiencia de lo que se cuece en balcones y camas, la dejo parlotear en mí y la rescato para el presente.

Y después.

Me atosigan. Rascan un poco a ver. Preguntan que quién y tan joven, que ¿por qué no ver mundo primero? ¿No conviene a los actores ver muchas cosas? Pero yo estoy convencida de haberlas visto en las profundidades de mi cerebro. Por oposición a mi tictaqueante déficit de vida: libros y películas, obras que he fantaseado representar, hombres que conoceré de todas todas, taxis de Nueva York quizá perseguidos con elegantes tacones. ¿No ha de compensar esto cualquier falda escolar sosa que tenga en mi haber de vida en ciernes? Y en voz más baja, o me lo callé, una época en que la vida era otra cosa pero comprendí mil otras, todo lo demás está Por Hacer. ¿Acaso no ven esta impronta en mí? Amontonan jojós Ya se ve que es una mujer hecha y derecha pero el segundo texto, si no le importa.

Está sentada en el suelo, linóleo debajo. Ella que suelta pequeñas ocurrencias, un puñado de cosas simples que ha comprendido. Esta dama, con su falda simple, las manos abiertas a la tierra benévola y por más que yo esté cerrada por dentro mi voz rellena la calma a sus anchas. Suplica pero de una manera serenísima. Y esta vez me prestan atención, con ella saben que basta de oírme. La alzan a lo mejor para examinarla y la devuelven con suavidad a su lugar. Luego dejan que unos desconchones de pintura vuelvan rodando a sus orillas, esperanzadas como una brisa. Y se limitan a Gracias, ya le diremos algo. ¿Ya está? Carta en el buzón la semana que viene. Salga por la cantina. Así que se ha acabado mi audición y ahora ya no se puede desacabar.

Por el camino indicado desemboco a la Ciudad no ciudad, pienso rumbo a Camden Town. Londres se desplie-

ga a mi espalda. Tránsito del tráfico en la claridad del mediodía. Gente a raudales. Piedra a raudales. Calles adelante y en tropel. Me haré con ellas. Aquí me armaré de vida, porque este sitio es la vida y el comienzo de la mía.

PRIMER TRIMESTRE

**Lunes, 19 de septiembre -
viernes, 9 de diciembre de 1994**

En laralá estación de Liverpool Street me subo al tren. Las piernas me triscan ya más allá que aquí. Una chocolatina en este Stansted Express y lo mismo me dan los trocitos sueltos que esparzo por la faz de Inglaterra. Bishop's Stortford. Tottenham Hale. Todavía puedo volverme todavía. Ya no. Se pasó. Londres. Hala. Y todo un cielo se enladrilla. Atraviesa sus túneles, pisa sus avenidas, una riada de gente como no he visto en la vida y —en menos que nada— Allá. Que. Voy.

Gusano a sus gusaneras. Farallones de escalones. La nueva mirada porfía con carteles y escalerillas y me las arreglo para abrimme paso hasta Kentish Town, abofeteada por el viento al tuntún. Arriba, oye, sí y para casa. Alta. Alta como no las había visto yo y una vieja casera irlandesa incapaz de pronunciar las tes, por lo que se ve. ¿A lo mejor con el tiempo acabas así? No. A lo mejor acabo yo así. Sus —desde la planta de arriba— normas, solo una: Hombres desconocidos bajo ningún concepto, tú no me vengas con mentiras que yo no te andaré con preguntas. Ah sí claro. En cuanto se alejan sus pantuflas, brego con la cerradura. Luego abro y llego a la pared del fondo con los brazos estirados. Noventa centímetros de libertad en forma de cama. Una preciosidad de paredes revestidas de madera. Las redes rayadas del fugitivo. Cuatro pisos más abajo,

una calle de Londres. Bragas y casetes fuera de la maleta. De manera que así comienza el fin de semana en la novedad inañorada. Y más tarde, bajo el goteo de condensación de la pared, sigo pensando que estoy donde debo. Incluso cuando los viejos desconsiderados empiezan a discutir en el pasillo. Incluso pese al pis incandescente del suelo del baño, incluso entonces. Aquí estoy y estoy donde debo.

Fin de semana, por tanto, hasta el lunes.

El día da las nueve. Reanimadas las mejillas por salpicadura subo los peldaños de piedra en medio de lo ya adoptado. Riendo y fumando con el ímpetu del comienzo. ¡Preciosa! Melenas al viento. Inspección mutua. Uno como caído del cielo me indica la secretaría. ¿Todo bien? Creo que te abrí el día que hiciste la prueba. Por un mechón plateado y lacio de su pelo me suena que sí. Ah sí me acuerdo ¿de qué año eres? Tercero, y tira de la puerta para dar entrada a mi salida. Su lasitud y longitud como que subrayan mis nervios. Gracias. No te preocupes, ey que te va a ir bien. Ahora soy uno de ellos de repente.

Paredes retumbantes de lo consabido una vez dentro. ¿Me pasa solo a mí? No. Lo mismo será para todos. ¿Acaso no nos preguntamos todos qué cabeza o qué mano tocó aquí y allá? Después de matricularse, ¿qué pie famoso pisó las muescas de estas escaleras que suben serpentean-do al anfiteatro? Hasta aquí arriba. Perchas de vestidos y suelo de parquet. Los chicos a la derecha. Las chicas a la izquierda —algunas ya con las primorosas carnes inglesas al aire—. Tiasas en sujetador y poco más con sus acentos atildados mientras yo me agacho en una taquilla para esconder lo mío. Bah, acaso no estoy aquí para deshacerme de las trabas de mi cuerpo. ¿Y entonces? No se vayan todavía.

Ché. Sssh. Venga dentro rápido. No os retraséis o. Nada de tomarle el pelo, quede claro. No será para tanto. Eso he oído. Es lo más. Es como el padre —un padre que te da una buena tunda.

Diez.

¿Y si se ríe de mí? ¿Y si piensa que soy joven? Es quien me ofreció un sitio en este círculo y cenáculo de los fascinados, dispuesto a poner de su parte. Yo también lo estoy y me impresiona su acecho a lo largo y ancho, y su mirada intensa mientras nos alienta a buscar libros y obras aún no leídos. Nos anima a esquivar a los despreciables filisteos que nos tendrían encerrados a todos en las trastiedades de la vida. Si se lo permitiéramos. No se lo permitiremos —actores de reparto o estrellas— sentada en la pintura que pellizco y arranco con los dedos. Sí seré cristal ignífugo donde he sido arena colada. Cernida y prendida. Aquí haréis de vosotros lo que seréis. Se desperdician espejos rotos en una sociedad rota. Tampoco es que sepa yo mucho de eso. Pero enseguida, planteada la lucha Por Una Causa, la huida se torna embestida. Y las cosas de la vida hasta ahora relatadas con terror dejan que el futuro sea lo que Londres brinde. Así que Adiós muy buenas a los que quedaron atrás. Sonriéndome directamente entonces, como si me adivinara. Nada de malgastarse en corridas, aquí, dice, Eso es únicamente para el fin de semana y los que acabáis de independizaros recordad usar condón. Aquí somos un hervidero y no queremos una epidemia.

Dios. Dios no habrá. Dios pero lo ha dicho. Ningún

profesor Jamás, ni nadie. Toma desparpajo a la hora de ser permisivo. Fijándome, me fijo en otra cara que se ríe igual que yo. Conteniéndose. Ensayando madurez. Impedir que el rictus se desmadre. De cierta edad parece también ella así que Hola cuando no es lo habitual en mí. Entonces me dice, con ojos de endrina y sonrisa paulatina, ¿Una tacita? ¿En la cantina? Así que allá que nos escurrimos. Nos colamos. Recuerda que la gente no ve bajo tu piel o. Bajo mi piel ahora.

Puro vodevil, la chica, el centro de las miradas. Divertidísima. Y qué bien haber dado con una amistad. Brinca el día entonces con su procesión de egos. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde has salido? ¿Vives cerca? Detesto promocionarme pero nuevos futuros exigen nuevos planteamientos así que presento mis cartas desordenadas. Poca cosa, poca cosa, yo nada más. Nada exótica, teniendo en cuenta que hay españoles y griegos. Y aquí conozco a mi primer danés. Chicas australianas. Ninguna blanca ni irlandesa. ¿Inglesa de ahí arriba, te refieres? Solo he cruzado un mar. Entonces ¿hablas francés? Increíble. ¿Con fluidez? Me encantaría deslizar mi homogeneidad pero. A la siguiente clase. Vamos.

En la cama nocturna me devano tratando de anticipar el discurrir del trimestre. ¿Con quién sentarse? ¿O en qué banco hacerme la encontradiza? ¿En qué categoría me situó o me situaré? En la de los más jóvenes, sí. ¿Y si soy la más joven? ¿Qué pasa? Me falta labia universitaria. No estoy con los que ven en esto una alternativa al empleo oficinesco. Ni con los enciclopedisabidillos de todas y cada una de las obras llevadas a las tablas. Ni con las que se pagan el alquiler posando de modelos. Ni con los que se

lo pagan los padres. No. No entro en ninguna categoría. Desubicada, pero con las mejores intenciones y me da un poco igual porque A Tomar Por Saco lo de encajar —tampoco es que rechace una avalancha de diversión más frecuente—. Por lo menos aquí estoy, mejor que venga a esperar y. El patio de nuestra casa es particular, ¿no se moja cuando llueve como los demás?

Al correr los días:

Imagínate en el metro de Chalk Farm, luego ven de allí hasta aquí. El trayecto de esta mañana. Tal y como fue. Recreando lo que viste y oíste. Tráfico. Gorjeos. Humo de un autobús. Fíjate en cada detallito y si te quedas en blanco, vuelves a empezar. ¿Está claro? ¿Sí? Venga. Empieza:

Me qui. Me meto. Billete en mano. Ascensor. Asciede la memoria. Hormigón húmedo. Baldosas mugrientas. Asciede la memoria a. Enlaza con. Cajero. Arcén. Al. Bus. Mendigo. Volverme. No. Asciedo a un letrero «Prohibido mendigar». Oídos vueltos a los enganchones del tráfico. Parada de minitaxis. Me cruzo aquí. Sede del Ejército de Salvación y. Asciedo. Marlon Brando en Ellos y ellas y. Un pub que se llama. Un pub que se llama. Volverse a mirar. Flecos y yo. Veo la. ¿Qué? Veo la. Ciudad. Ciudad. Bah coño. Coño en blanco. A empezar de nuevo.

De modo que el tiempo avanza, en lentas espirales. El primero en mi vida... no lo sueltes. Y la cabeza se me aturulla en sus volutas morosas cuando la gravedad empieza a tirar

de mí. Me empuja a un ojo distinto, a este mundo de perlas pulidas con un fin que no doy por sentado. Ni una sola bocanada de oxígeno. Porque este es el punto en el que conviene borrar las huellas, donde mis ciegos de mosquita muerta tocan a su fin. Lo joven Dios mío que eres. La más joven. La más joven de nuestro año. Como la inmaculada de Babilonia a pesar de las pullas a mi ingenuidad. Libre de chamuscarme las alas en las anécdotas probables de los demás —mi sentido común me comunica que me mantenga bien al margen— aprendo un poco cómo ser. Embarcándome en viernes veloces. Sal por ahí sal por ahí quienquiera que seas. Transito con la troupe —aún aislada de su aura— rumbo al Enterprise, al Crown, al Fiddler's Elbow, me charolo en el engrudo de su charloteo, aunque cazada o chasqueada por el colegial sarcasmo sin tregua que no acabo de o no sé imitar —muchachita: se da en nosotros cita lo mejorcito mientras que tú no eres más que tú— pero. Muy ajena, me sumerjo. Me sofisticó vía fumarque. Pringo el alma en unas cuantas pintas hasta que propalo por la boca despropósitos reprobables. Desparrame, como hay Dios. Me mundanizo, imagino. Espero. Me conviene a las claras este hacerme apta y osada para lo que tenga que ser. ¿Verdad o reto entonces? Reto! entre risas. Enseña un pezón. ¿Un pezón? ¡Mira! Cuando no me observan maduro al amparo de mi larga melena bajo la mirada descomedida y socarrona de la impertérrita. ¡Ahora tú, irlandesa! Verdad, toso, fiel a mi temor a enseñar carne. Sopesando, espera él que apure mi cigarrillo luego Tu primera vez ¿sangraste mucho? Suelo colilla suelo. Sangré lo que tocaba. ¡A chorros sangraste fijo! ríe ella al rescate y me reconcome la mentira, ellos prosiguen su cotorreo. Pero llegada la hora Me vuelvo a casa, dice ella Y vosotros conmigo.